











En un hermoso valle, rodeado de montañas y con grandes prados y cristalinos arroyos, vivían felices, con su mamá, tres cerditos llamados Miko, Chuko y Piko.

La mamá era una señora cerda, famosa ama de cría, a la que sólo le preocupaba que sus hijos crecieran sanos y alegres sin faltarles de nada. Mientras fueron pequeños, los tres cerditos se dedicaron a corretear por los prados al lado de su madre, a escarbar en la tierra buscando patatas y raíces y a revolcarse en el barro a orillas de los arroyos. Además, estudiaron música y se convirtieron en tres cerditos ya crecidos, dispuestos a comenzar una nueva vida lejos del hogar materno.

A la señora cerda le dolía que sus hijitos quisieran irse a vivir a otro lugar, pero sabía que ese momento tenía que llegar. Por eso, les preparó a cada uno su maleta y se despidió con estas palabras:

–Ahora que ya sois mayores, tenéis que aprender a cuidar de vosotros mismos. Lo principal es que, en cuanto podáis, construyáis una casita, así el lobo no podrá atacaros. Recordad que el lobo es vuestro mayor enemigo: si os encuentra indefensos os asaltará. ¡Y no quiero pensar lo que os puede pasar entonces!

Miko, Chuko y Piko la escuchaban muy atentos, pues sabían que su mamá les estaba diciendo cosas muy importantes.

Llegó el momento de decirse adiós. Desde el balcón, la señora cerda agitaba un pañuelo emocionada y los tres cerditos levantaron sus patitas delanteras como signo de despedida. Iban muy contentos a comenzar su nueva vida.



Después de varias jornadas de camino, llegaron a un hermoso paraje con verdes praderas y campos sembrados de trigo. Al ver el lugar, Miko exclamó:
–¡Yo me quedaré aquí!

Y sin dudarlo un momento, se puso a construir su casita con las pajas de trigo que encontró cerca del lugar. La pequeña casita de paja estuvo lista en un santiamén. Miko decidió que, al día siguiente, invitaría a sus dos hermanos a tomar el té para que comprobaran lo bien que sabía construir.

Los hermanos aceptaron la invitación. Mientras merendaban, el lobo pasó por allí cerca y se sorprendió de ver la nueva casita junto a los trigales. Se acercó, miró por la ventana y vio a los tres cerditos dentro.

Entonces, el lobo, que era muy envidioso, hinchó los pulmones con una gran bocanada de aire y sopló hacia la casa con toda su fuerza:

–¡FFFF....!

La casita era hermosa pero muy frágil. Todas las pajas volaron y los tres cerditos tuvieron que huir despavoridos.

–¡Corred, corred! –gritaba el lobo riéndose de la escena a grandes carcajadas–. Hoy no pienso comerlos porque ya he desayunado dos corderos y tengo la panza llena. Pero ya os encontraré mañana, o pasado mañana, o dentro de tres días... No creo que podáis huir muy lejos, ¡ja, ja, ja!

Los tres cerditos comprendieron que hacer una casita con paja no había sido una buena idea. La próxima vez serían más cuidadosos.



Caminaron un buen trecho hasta que encontraron un bosque muy frondoso, lleno de bayas, bellotas y raíces. Chuko, el segundo cerdito, se puso a dar saltos de alegría pues nunca había visto un lugar tan agradable para vivir.

–¡Yo me quedaré aquí! –dijo–. Construiré mi casita con la madera del bosque y nada ni nadie podrá destruirla. Venid mañana a celebrarlo conmigo.

Y, sin pensarlo dos veces, comenzó a recoger los materiales necesarios para levantar su casa. Encontró ramas, troncos, hojas... Cuando las paredes y el techo estuvieron terminados, colocó una gran puerta de madera. Estaba convencido de que era una casa realmente segura.

Al día siguiente llegaron los otros dos hermanos y se dispusieron a comer los manjares que Chuko había recogido. Después, sacaron sus instrumentos musicales y cantaron y tocaron las canciones que habían aprendido de pequeños.

Lo que no sabían los cerditos era que el lobo se había pasado la noche siguiendo su rastro y, con su gran olfato, había conseguido encontrar la casita del bosque.

–Así que ya tenéis una nueva casa... –dijo el lobo desde fuera–. ¿Creéis que así os vais a salvar de mis garras? ¡Pues ahora vais a ver de lo que soy capaz!

Y cogiendo aire en sus potentes pulmones, volvió a soplar con todas sus fuerzas:

–¡FFFF...!

Al principio, parecía que la casita iba a resistir. Los cerditos temblaban dentro agarrados a sus instrumentos. Pero las ventanas se rompieron, la puerta se cayó y las paredes se derrumbaron. Mientras los cerditos huían, el lobo contemplaba la casa derruida y gritaba:

–¡Tenéis suerte de que hoy tampoco tenga hambre! Pero os aseguro que mañana no os dejaré escapar. ¡Ya estoy relamiéndome los bigotes de gusto!





Piko, el tercer cerdito, comprendió las palabras de su mamá. El lobo era su mayor enemigo y tenían que protegerse de sus ataques si no querían acabar en sus fauces. Por eso, el tercer cerdito se puso a construir rápidamente su casita con ladrillos, cemento y tejas. Tenía incluso una hermosa chimenea de piedra. Le llevó más tiempo y más trabajo que a sus hermanos, pero el esfuerzo valió la pena.

Pasaron varios días sin que el lobo diera señales de vida. En realidad, el lobo estaba al acecho detrás de unos árboles, aguardando a que los tres cerditos se reunieran de nuevo para cazarlos a los tres juntos.

Cuando la casa estuvo terminada del todo, Piko invitó a Miko y a Chuko a inaugurar su nuevo hogar.

–¡Esto es lo que estaba esperando! –dijo el lobo–. He visto que los tres ya estáis dentro. ¡Ha llegado vuestra hora!

Y se puso a soplar con todas sus fuerzas. Sin embargo, por más que sopló y sopló hasta quedarse sin aliento, no consiguió mover ni un solo ladrillo de la casita. El lobo se enfureció por su fracaso, pero no se dio por vencido.

–¡Os comeré de todas formas! –gritaba rabioso–. Subiré al tejado y entraré por la chimenea. ¡Menudo banquete me espera!

Entonces el tercer cerdito, al oírlo, tuvo una estupenda idea:

–¡Deprisa, hermanitos! Traed mucha leña, haremos un gran fuego en la chimenea y pondremos agua en la caldera para que hierva enseguida.

Y mientras el lobo bajaba por la chimenea, el agua de la caldera empezó a hervir. El lobo cayó dentro de la caldera y se quemó, con lo cual pagó sus muchas fechorías.

Y así los tres cerditos pudieron coger sus instrumentos para cantar y bailar, pues del feroz lobo se habían salvado para siempre.

